

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ, EL POETA
JUDAIZANTE

SON de tan diversa índole los múltiples factores que influyen en la valoración de una obra literaria por los contemporáneos de su autor —y mucho más por la posteridad—, que no es de extrañar se produzcan en torno a determinadas producciones silencios desdeñosos, olvidos injustificados y pretericiones incomprensibles, cuando examinando objetivamente *a posteriori* dichas obras, se encuentran en ellas méritos evidentes que parece inexplicable no fuesen advertidos en su época. Claro está que así como en la Historia general el desarrollo progresivo de la Humanidad se centra en torno a determinados personajes, olvidando que la acción de éstos no hubiera podido desenvolverse sin la colaboración de otros muchos sepultados en el anónimo, en la Historia literaria, las modalidades de determinados períodos se personifican en un número relativamente corto de figuras que por la superioridad de su genio resultan más esencialmente representativas de su época, o que por los valores intrínsecos de sus obras fijaron las normas conforme a las cuales habían de desarrollarse las de los demás. Y, sin embargo, aun para hacer resaltar debidamente las grandes figuras señeras, es preciso recordar la labor de muchas otras olvidadas por completo y no siempre de acuerdo con la estricta justicia

Una de estas figuras fue la de Antonio Enríquez Gómez (ha prevalecido esta grafía sobre la de Henríquez que él usó siempre en sus obras) sobre cuyas producciones pesó una doble fatalidad: la de haberse publi-

cado la mayor parte en el extranjero y la de haber fulminado contra ellas una tácita prohibición el hecho de haber sido condenado su autor como judaizante por la Inquisición sevillana.

Enríquez Gómez fué, como acertadamente dice un historiador contemporáneo ¹, “ uno de aquellos infelices españoles a medias, que unidos a la patria por el nacimiento y el idioma, fueron separados dolorosamente de ella por la raza y por la religión”.

La existencia de Enríquez Gómez fue una novela vivida, en que tan pronto se vió en situaciones preeminentes, como privado de todo lo que constituía su fortuna, acabando por oscurecerse de tal modo, que desapareció del mundo en fecha y lugar inciertos y olvidado de todos.

* * *

Para darse cuenta del ambiente en que Enríquez Gómez desarrolló su actividad y de lo que ese ambiente influyó en la suerte de su producción habrá que referirse, aunque en forma muy sintética, a las diversas fases por que pasaron las relaciones entre hebreos y españoles durante su larga convivencia en el Medievo y el Renacimiento, y de las modificaciones producidas por el decreto de expulsión, que vino a complicar dichas relaciones.

Nunca ni en ninguna parte fueron cordialmente acogidos los judíos después de la Diáspora. Su espiritualismo individualista los separaba del mundo romano y de la concepción que éste tenía del Estado. Los cristianos veían en su desgracia la pena merecida por su deicidio y si llegó a tolerárseles fue solamente por razones utilitarias.

En cuanto a España, los árabes invasores hallaron en ellos eficaces auxiliares, por lo que en un principio convivieron amigablemente. En cuanto a los monarcas asturianos, leoneses y castellanos tuvieron para ellos una actitud benévola, de modo que entre los siglos X y XIV su suerte fué muy superior a la de sus hermanos de raza del resto de Europa.

En 1200 llegó a haber en Castilla hasta 120 comunidades hebraicas con más de 230.000 almas. Pero ya anteriormente su situación en la zona árabe había cambiado, pues la invasión de los almorávides y sobre todo la siguiente, de los almohades, fueron para ellos funestas.

En 1066 hubo en Granada una terrible matanza de judíos y muchos

1. Ludwig Pfandl, *Historia de la literatura nacional española en la edad de oro*, trad. Jorge Rubió, Barcelona, 1933.

de ellos optaron por trasladarse a la zona cristiana, donde eran mejor tratados. Alfonso VIII en el Fuero Viejo no sólo garantizaba su libertad individual, sino que penaba las agresiones contra sus propiedades; Fernando III, a quien prestaron eficacísimos servicios para sus campañas andaluzas y en particular para la toma de Sevilla, llegó hasta concederles jurisdicción especial y que sus delitos fuesen castigados por sus jueces propios. Las Partidas de Alfonso X contienen prescripciones restrictivas para los judíos, pero en la práctica, no sólo quedaron incumplidas, sino que los sabios hebreos aunque entre ellos no hubiera un Yehudá Leví o un Maimónides, tuvieron acceso al Aula Regia y colaboraron en las obras del Monarca, de cuya gloria fueron entusiastas portavoces. Alfonso XI hizo lo posible por retenerlos en España, esperando que con la convivencia acabarían por cristianizarse; y aunque les prohibió la usura, los autorizó para adquirir propiedades en su reino, excepto en abadengos y behetrías.

Vemos, pues, que en los siglos XI al XIV los judíos españoles disfrutaron de una situación privilegiada con relación a los demás de su raza, tolerados por los moros y protegidos por las leyes castellanas hasta en su ortodoxia, dándoles gran relieve la concesión de jurisdicción propia a que antes hemos aludido, lo que les constituía, según un moderno historiador ², en un Estado dentro de otro Estado, al modo de la Iglesia Católica.

Desde luego se convivía con ellos mejor que con los moros, pues al fin y al cabo en el Antiguo Testamento estaban las raíces del Nuevo, y si el primero significa la alianza de Dios con el pueblo escogido, el segundo es su extensión a la humanidad entera.

Con Pedro el Cruel los judíos disfrutaron de especial favor, confiando el monarca a alguno de ellos, como el famoso Samuel Leví, puestos de la mayor influencia y confianza.

El advenimiento de los Trastamaras vino a dar al traste con esta buena armonía. Enrique II les hizo sufrir vejaciones de todas clases, obligándoles a ponerse marcas distintivas, prohibiéndoles el uso de nombres cristianos, perdonando arbitrariamente a sus deudores la tercera parte de sus créditos, llegando a prender a toda la judería toledana para lograr de ella una exacción de 20.000 doblones de oro y no haciendo nada para impedir las matanzas de Nájera, Miranda, Toledo, etc., a

2. Américo Castro, *España en su historia - Cristianos, moros y judíos*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1948.

pesar de lo cual el estado calamitoso de su Hacienda le obligó a recurrir a sus servicios, haciendo del famoso José Pichón su contador mayor y encomendando a hermanos suyos de raza la misión recaudatoria, lo que motivó las protestas de las Cortes de León y Castilla, que como expresión de la voluntad popular se hicieron eco de la malquerencia contra los hebreos.

En los reinados de Enrique IV de Castilla y Juan II de Aragón se acentúan aún más las diferencias de estimación para ellos entre los reyes y la nobleza y el elemento popular. Los monarcas los amparaban y Enrique IV tuvo como médico a Jacob-Ibn-Núñez y Juan II a Abiathar-Ibn-Crescas, que con dos operaciones acertadas le salvó la vida. Los favoritos judíos del rey de Castilla fueron buena causa de su impopularidad.

Como en las ciudades se iban cumpliendo cada vez más severamente las leyes que les eran hostiles, muchos hebreos marcharon a las aldeas a ponerse al amparo de algún noble que les fuera afecto y los libraba de sus rigores; pero esta sustracción a lo legislado excitó el fanatismo de no pocos religiosos, entre los cuales abundan los de progenie judaica, tales como los Santa María Obispos de Burgos, el padre Don Pablo y el hijo Don Alonso de Cartagena, y sobre todo del rígido e intransigente Fray Alonso de Espina, Rector de Salamanca y antiguo confesor del Rey que con sus encendidos sermones y recogiendo en su libro "Fortaleza de la Fe" (1460) cuantas imputaciones verdaderas o falsas circulaban contra los judíos, crearon un estado de opinión que cristalizó en la petición de las Cortes de 1465, exigiendo el cumplimiento a rajatabla de las leyes antijudaicas de la época de la Regencia de la Reina Catalina. Enrique IV, agobiado por la rebelión de su hermano Alfonso, hubo de acceder a todo, incluso contrajo el compromiso de establecer la Inquisición para lo que el Papa le envió las correspondientes Bulas; pero, muerto el pretendiente, Enrique IV fué dilatando el cumplimiento de sus compromisos ⁴.

La tensión violenta de los ánimos populares contra los judíos deter-

3. Recuérdese el papel preponderante que desempeñó en este reinado el famoso Samuel Leví, su almojarife mayor, que tanto le ayudó en la fuga de Toro a Segovia (1354), por lo que los enriquestas, en venganza, quemaron la judería toledana (1355).

4. *Histoire du Peuple juif*, por Max L. Margolis y Alexandre Marx, trad. del inglés por J. Robillart. Ed. Payot-París, 1930.

minó a muchos de éstos a convertirse al Cristianismo, sin que ello bastase para impedir revueltas como la de Toledo en 1467, en que un centenar de judíos fueron asesinados y cerca de 600 casas que les pertenecían, incendiadas, matanzas como la de Valladolid en 1470, las duras represiones del Obispo de Segovia Juan Arias de Avila y los tres días de robos y asesinatos en Córdoba y después en Jaén, donde perdió la vida el Condestable Miguel Lucas de Iranzo, que pretendió contener a las masas desbordadas.

Las clases superiores, por el contrario, admitieron a los judíos a la convivencia ⁵, lo que dio a éstos un alto concepto de su superioridad sobre los demás de su raza y que después del decreto de expulsión llevó a los sefardíes a ser los verdaderos iniciadores de la idea de la “limpieza de sangre”, que luego había de volverse en España contra ellos y sus descendientes ⁶.

Pero el pueblo siguió desconfiando de estos cristianos nuevos o conversos, a los que primero designó con el nombre de *alborayques* ⁷ y luego con el de *marranos* ⁸, acusándolos, no sin razón, de seguir practicando en secreto la Ley mosaica ⁹ y exigiendo que para investigar sus actividades religiosas se estableciese la Inquisición.

El Papa Sixto IV envió al Nuncio Nicolás Franco con poderes para establecerla; Fray Alonso de Hojeda, prior de los dominicos de Sevilla y Fray Tomás de Torquemada, que había sido confesor de la reina

5. No sólo fueron muy numerosos los casos de padrinazgos de judíos en bautismos cristianos y de cristianos en ceremonias de circuncisión, sino que se llegó a enlaces matrimoniales entre conversos acomodados y personas de la alta sociedad castellana. A ellos aluden mordazmente las satíricas *Coplas del Provincial*, *El Libro verde de Aragón* y el *Tizón de la Nobleza de España*, del Cardenal don Francisco de Mendoza y Bobadilla.

6. Respecto al origen y vicisitudes de las investigaciones sobre “Limpieza de sangre”, véase el interesante trabajo de don Antonio Domínguez Ortiz, catedrático del Instituto Ganivet (Granada), *Los cristianos viejos*, materia poco tratada y que el autor se propone desenvolver con mayor extensión. Dicho trabajo está publicado el *Boletín de la Universidad de Granada*, XXI, n.º 87 (1949), pp. 249-279.

7. Por la mula en que cabalgaba Mahoma.

8. Esta palabra entre los judíos no tiene significación despectiva, sino que simboliza la tragedia de los “anusim” o convertidos por fuerza.

9. Acerca de las diversas explicaciones y etimologías atribuidas a la palabra “marranos” refiriéndose a los conversos que judaizaban en secreto, véase el trabajo de David Gonzalo Maeso publicado en *Sejarad*, XV (1955), fasc. 2.º, pp. 373-385.

Católica presionaron a ésta para que reconociese al Nuncio, pero, no tanto por los motivos de gratitud que los Reyes Católicos debieran tener hacia los judíos que les ayudaron eficazmente para que pudiera realizarse su matrimonio ¹⁰ y cooperaron con víveres y numerario a las campañas contra Granada, como por mantener su pensamiento político hacia la unidad, los Monarcas retrasaron el cumplimiento de las órdenes pontificias, pues no podían admitir que el futuro organismo defensor de la Fe, dependiese de Roma y no de su autoridad y sólo cuando una nueva Bula en 1480 les confirió el nombramiento de Inquisidores, se llegó al establecimiento definitivo, cesando los conflictos que había originado el funcionamiento de la primitiva.

El pueblo recibió con entusiastas aclamaciones al nuevo Tribunal, que bajo la dirección de Torquemada comenzó a actuar con actividad incansable. Sin embargo, buena parte de la nobleza ligada por intereses y enlaces matrimoniales con *marranos* fué hostil a él, y los judíos ricos y poderosos organizaron un comienzo de resistencia, pero descubierta su conspiración, la represión fué rápida y dura y unos 8.000 *marranos* de Córdoba y Sevilla huyeron a Cádiz buscando el amparo del Marqués don Rodrigo Ponce de León, que ante las órdenes fulminantes de la Inquisición sevillana, no se atrevió a protegerlos.

Consecuencia inmediata y lógica del establecimiento de la Inquisición fué el Edicto de 31 de marzo de 1492, conminando a rajatabla a los judíos para que en el plazo de cuatro meses abjurasen de su religión y se convirtieran al cristianismo o abandonaran el reino. Durante ese plazo quedaban ellos y sus bienes "bajo el amparo y defendimiento real" a pesar de lo cual, lo perentorio del plazo que se les concedía, les obligó a malbaratar sus propiedades y efectos, causándoles graves perjuicios, que aumentaron con las vejaciones y atropellos que hubieron de sufrir en su éxodo. Peor trato se les dió en Portugal, cuyos reyes Don Manuel y Don Juan, menos desinteresados que nuestros Reyes Católicos, no los expulsaron por no dejar salir del Reino sus riquezas, pero les explotaron cruelmente y les impusieron aquellas conversiones en masa que sublevaron a no pocas honradas conciencias católicas ¹¹.

10. En el hebreo Abraham Senior no sólo encontraron un eficaz auxiliar para su matrimonio, sino que también medió en la reconciliación entre Enrique IV y su hermano.

11. El obispo de Silves, don Jerónimo de Ossorio, nuestro P. Mariana e incluso el Pontífice Clemente VII protestaron enérgicamente contra tales vio-

El trastorno económico que en España supuso la eliminación de súbditos tan laboriosos y activos, fué enorme y de trascendentales consecuencias para el futuro, pues con ellos salió del reino una masa considerable de riqueza ¹² y al fin y al cabo, aunque la práctica de la usura y el ocultamiento de grandes masas de numerario les hiciesen odiosos, los judíos eran españoles, aquí residían, y aquí permanecían sus riquezas y desenvolvían sus provechosas actividades. Buena prueba de ello fue, que el lugar que ellos dejaron vacío en nuestra economía, fué pronto ocupado por turbas de logreros florentinos, genoveses y alemanes, que llevaron nuestro oro al extranjero en detrimento de nuestra riqueza nacional.

La expulsión no logró hacer desaparecer de España a la raza hebraica, pues a través de los apellidos y otros datos, se puede rastrear en nuestros días dicha procedencia para muchos españoles, pero la situación de los *marranos* que por aquí quedaron no pudo ser más aflictiva, pues fueron compelidos a denunciarse voluntariamente y sus rabinos a formular las máximas excomuniones contra los que ocultasen a los que judaizaban en secreto ¹³. Y sin embargo, la característica esencial de todos los criptojudíos en España y en todas partes fué ¹⁴ la transmisión de esa fe clandestina de padres e hijos, aunque no la conservasen en toda su pureza, pues no pocos elementos católicos habían entrado en la suya, pudiendo decir un escritor actual ¹⁵: “El marrano católico era un católico sin fe y un judío sin judaísmo, pero un judío con ansias de ser judío”.

¿Tiene algo de particular que el pueblo español, que sabía todo esto, y la Inquisición estuviesen siempre alerta contra los descendientes de ellos y evitasen su infiltración en los cargos con los expedientes de “limpieza de sangre”? Máxime sospechando su intervención en todo lo que nos fuera adverso ¹⁶, a pesar de lo cual se da el fenómeno contradictorio

lencias, que el Prelado portugués califica de “fuerza inicua contra ley y contra religión”.

12. La medida mereció del sultán Bayaceto la acerada crítica: “¿Llamáis rey político al que empobrece su tierra y enriquece la ajena?”.

13. Véase para más detalles la *Enciclopedia judaica castellana*, publicada en Méjico D. F., en 1949, bajo la dirección de Eduardo Weinfeld.

14. Cecil Roth, *Historia de los marranos*, trad. esp., Buenos Aires, 1914.

15. Jacob Shatzky, revista *Davar* (junio de 1947): citado por Roth.

16. Ayudaron con grandes sumas a la difusión de las ediciones españolas de las obras de Lutero y Calvino; a los holandeses en sus guerras contra España, a los otomanos y a los moros del Norte de Africa.

de que los sefardíes dispersos por el mundo, conservan el amor a su antigua lengua y patria y hasta no pocos de ellos guardan como recuerdo, que se transmite de padres a hijos, las llaves de las casas que en España ocuparon.

”En la época de Enriquez Gómez, este odio se había recrudecido por atribuirse al odiado valido Conde Duque de Olivares el propósito de atraer a nuestra patria a los judíos ricos de Salónica *.

* * *

Hay en los datos que se conservan de la vida de Antonio Enríquez Gómez, una coincidencia casi absoluta en sus biógrafos ¹⁷, como la hay también en determinadas lagunas de su existencia, que el silencio de sus contemporáneos y la falta de documentos hacen imposible llenar.

Ni aun rastreando en sus obras, en las que abundan las notas personales, se pueden deducir referencias concretas; pues fuese por la prudencia a que le forzaban las protecciones recibidas en Francia de personas de indudable ortodoxia o por no haber perdido del todo las esperanzas de volver a España, a la que siempre amó, los datos subjetivos que en sus escritos encontramos, son siempre vagos e indeterminados, y se refieren más a sentimientos del autor que a hechos concretos que se ve que elude deliberadamente.

Don Nicolás Antonio y algunos otros que le copian, le han supuesto portugués, pero su nacimiento tuvo lugar en Segovia en fecha imprecisa, entre los años 1600 y 1602. Era hijo de un judío converso portugués llamado Diego Enríquez Villanueva y fué educado en la religión católica, la cual profesó la mayor parte de su vida —por lo menos en lo externo— y aunque hay presunciones fundadísimas de que al final de ella volvió a su ancestral fe mosaica, no queda prueba concreta y fehaciente de ello ni del momento en que lo verificó.

Estudió Humanidades con provecho, como lo prueban sus obras.

* Hemos creído conveniente encabezar el presente estudio con este preámbulo histórico por lo que pueda contribuir a comprender mejor la figura de Antonio Enríquez Gómez e igualmente la de otros escritores hispano-judíos del siglo XVII, de quienes, D. m., pensamos ocuparnos en los números siguientes de esta MISCELÁNEA.

17. Hay referencias al autor en todas las Historias de la literatura española de alguna extensión y se han ocupado de él en particular Ticknor, Amador de los Ríos, Adolfo de Castro, Schack, Menéndez Pelayo, Pfandl, Valbuena Prat, Gabriel María Vergara y otros.

pero a los 20 años se decidió por las armas, actividad en la que debió distinguirse, pues llegó a alcanzar el grado de capitán y el hábito de la Orden de San Miguel ¹⁸.

Muy joven se dió a conocer en el mundillo literario al ser premiada una composición suya en un Certamen de Cuenca ¹⁹ firmada con el nombre de Enrique Enríquez de Paz, con el que en 1629 estrenó en Madrid con éxito algunas comedias, entre ellas "El Cardenal Albornoz".

Es muy probable su presencia en Madrid a fines de 1635, año en que Juan Pérez de Montalbán publicó la "Fama póstuma en honor de Lope de Vega", a la que Enríquez aportó un buen soneto; pero no mucho después, a principios de 1636, marchó a Francia y cambió su nombre de Enrique Enríquez de Paz por el que ha prevalecido literalmente. ¿Cuáles fueron las causas de este exilio y cambio de nombre? Probablemente ya la Inquisición había comenzado a informarse de sus actividades más o menos sospechosas en el orden religioso, por lo que estimó conveniente ponerse en franquía y para mejor cultarse cambiar de nombre.

A ello alude aunque veladamente en el Prólogo de sus "Academias morales", en que dice: "Extrañarás con razón haber dado a la imprenta este libro en extranjera patria; respóndate la Elegía que escribí sobre mi peregrinación, si no voluntaria, forzosa; y si no forzosa, ocasionada por algunos que inficcionando la República, recíprocamente falsos, venden por antídoto el veneno a los que militan bajo del solio. No pretendo justificarme, desluciendo la seguridad de mi espíritu; pretendo asegurarme de que vivo en la justificación de mi verdad; que si la sangre de Séneca inmortalizó su virtud, yo te aseguro que la mía en esta parte, sin pedir venganza, se inmortalice a pesar de muchos Nerones" ²⁰.

18. La Barrera supone, sin explicar en qué se funda, que dicho hábito se lo otorgó el nuevo rey de Portugal Juan IV, como premio a un poema anónimo que atribuía a Enríquez titulado *Triunfo lusitano*. Barbosa Machado supone con mayor acierto, que dicha distinción fué otorgada por el rey de Francia pues existía tal Orden en su país.

19. Dice en la Introducción a sus *Academias morales*: "Si el laurel te parece muy verde en cuarenta años, como hay primavera, lo que te podré asegurar es que el monarca de la poesía me lo dió entre dos ríos y un monte poblado de edificios, pues la primera vez que lo vi fue en Cuenca".

20. Al Conde-Duque de Olivares le llamaban "Nerón" sus enemigos, y como Enríquez en el Siglo Pitagórico traza una picante silueta de un valido, que podría aplicársele, ha habido quien supuso el exilio del poeta judío ocasionado por causas políticas, cosa poco probable, pues ya la Inquisición había iniciado procedimiento contra él, acción más temible que cualquier delito político.

Indudablemente en Francia, donde se fijó después de diferentes viajes por Europa, adquirió poderosas relaciones, pues muy pronto logró introducirse en el Palacio Real, que Luis XIII le tomase a su servicio y que otros miembros de la real familia y personajes distinguidos de la Corte le otorgaran su protección. ¿Qué puesto desempeñó allí? La Barrera dice que fué Consejero y Mayordomo del Monarca; Pfandl y algún otro ²¹, que Secretario. Creemos poco probable que un advenedizo extranjero ocupase cargos de tanto relieve, reservados en general en todas partes a personas de distinción del propio país; pero lo cierto es que en el concepto que fuese, formó parte del *entourage* del rey y que muerto éste en 1643, acaso continuó en Francia algunos años, pues entre los de 1643 y 1656 publicó allí varias de sus obras. Hizo después algunos viajes y por último se fijó en Amsterdam, refugio predilecto de judíos perseguidos, donde se había concentrado la *élite* de los sefardíes más ricos e influyentes, que no sólo levantaron allí una magnífica sinagoga, sino que hicieron de la ciudad el centro del comercio, del saber y de la prosperidad judaica, en cuya *Yesibá* o Academia y sus *Parnassin* o sanhedrines se mantuvo vivo el fervor talmúdico ²².

Es de suponer que por entonces ya hubiese efectuado el retorno a la fe de sus abuelos y en Amsterdam seguía después del 14 de abril de 1660, pues allí le comunicó un amigo que en el auto celebrado en dicha fecha había sido quemado en efígie por la Inquisición sevillana, que había resucitado su causa envolviéndola con la de otros judaizantes.

De su vida familiar poco sabemos, fuera de que tuvo un hijo Diego Enriquez Basurto, poeta como el padre y de características parecidas a las de éste, que profesó siempre la fe judaica y del que nos queda un largo poema en variedad de metros, titulado "El triunfo de la virtud y paciencia de Job", publicado en Rouen en la imprenta de E. Maury en 1649 ²³.

21. *Diccionario de la literatura española de la Revista de Occidente*, Madrid, 1949.

22. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo V, 2.^a edición, dirigida por M. Artigas.

Cecil Roth considera a los "marranos" como los verdaderos impulsores de la literatura vernácula judaica, pues de sus prensas salieron traducciones de los Salmos, poemas como el *David* de Jacobo Udell, *La consolación de las tribulaciones de Israel* de Salomón Usques y el drama *Ester*, de su hermana, y otras muchas obras más.

23. El hijo de Enriquez parece haber sido personaje bastante grotesco, pues

No hemos podido comprobar nuestra sospecha de que tuviese algo que ver con aquella Isabel Enríquez, poetisa concurrente en Madrid a varias Academias literarias, a la que Fernando (Isaac) Cardoso, dedicó su obra "Del color verde", que por cierto Enríquez padre atribuye a su amigo el capitán Villarreal, y que acabó igualmente emigrando a Holanda y volviendo al judaísmo.

Después de 1660 se pierde todo rastro de Enríquez Gómez, cuya fecha y lugar de fallecimiento no nos ha sido posible determinar.

* * *

Haremos un somero estudio de su producción literaria, abundante en cantidad y nada desprovista de valores para haber merecido de sus contemporáneos una mayor atención —no obstante significar para ello un gran obstáculo la nota de judaizante de su autor—, pero que aún así fué apreciada por la posteridad y alguna de sus obras reeditada varias veces en los siglos XVIII y XIX.

La primera característica de Enríquez Gómez como escritor fué una ambición literaria que le llevó a pretender sobresalir en todos los géneros, unida a una ingenua vanidad de haberlo logrado, pues sin rebozos manifiesta: "Mis obras forman nueve tomos de prosa y verso escritas desde 1640 a 1649 ²⁴. Un libro cada año y cada año un libro, ordénalo como quieras. Si quieres conocerme como filósofo moral, lee mis "Academias de las musas"; si como hombre de gobierno, la "República angélica"; si como teólogo "La culpa del primer peregrino; como poeta me encontrarás en el "Sansón nazareno"; como autor dramático en mis comedias; si buscas burlas mezcladas con verdades, lee mi "Siglo pitagórico".

Varias razones nos impiden entrar en un estudio a fondo de la producción de Enríquez Gómez. Primero, su abundancia, que exigiría una extensión inadecuada para un trabajo de revista; después, la pérdida o inasequibilidad de una parte de su obra, particularmente la "República

Levi Barrios le describe así: "Era de nariz ancha, nunca limpia, de ojos pequeños y hundidos, ocultos tras de grandes gafas, boca comparable a un molino de viento en movimiento constante, bajo y fornido, de indumentaria mal cuidada y que llevaba siempre bastón".

24. Indudablemente con la expresión *Mis obras* se refiere Enríquez a las publicadas en el extranjero, pues varias de sus comedias son positivamente anteriores a esas fechas.

ángélica" —acaso prohibida— y gran parte de las comedias, que o han desaparecido o circularon atribuidas a otros autores; y, en último término, porque la labor de seleccionar entre un fárrago inmenso de versos culteranos, conceptistas o prosaicos, otros muchos de verdadero mérito e inspiración positiva, requiere un espacio de tiempo del que no podemos disponer. Nos limitaremos, pues, a señalar en sus obras lo que creamos más representativo o que marque alguna modalidad interesante de su autor, que bien merecía que se formase una Antología con lo que de su producción debe perdurar y que beneficiaría mucho la valoración literaria del poeta segoviano.

Que en nuestra época de oro la piratería literaria andaba desbordada, es algo sabido de todos y de ellos se queja con razón Enríquez Gómez, algunas de cuyas comedias han sido atribuidas a otros autores.

Calderón de la Barca, al hacer la lista de sus propias comedias, hubo de eliminar de entre ellas tres: "La prudente Abigail", "Engañar para reinar" y "Celos no ofenden al sol", que se le atribuían y eran precisamente de Enríquez Gómez. Pero con éste se ha llegado a más, pues se suplantó su propia personalidad por la de Don Fernando de Zárate.

Don Adolfo de Castro al decir que en el Índice expurgatorio de la Inquisición figura una comedia de Enríquez, que se atribuía a Don Fernando de Zárate, dice que éste "*es Antonio Enríquez*". Esta cuestión ha sido plenamente esclarecida por don Cayetano Alberto de La Barrera en su conocido y meritísimo "Catálogo" probando hasta la evidencia: 1.º, la existencia real y afectiva de Don Fernando de Zárate y Castrovano, poeta popularísimo de aquella época; 2.º, que don Agustín Durán poesía autógrafa de dicho Zárate la comedia "El noble siempre es valiente o vida y muerte del Cid"; 3.º, que también los hermanos Fernández-Guerra poseían autógrafa otra comedia del mismo Zárate, "Los montañeses de Burgos", fechada en 1660, y dedicada a don Fadrique e Lila y Valdés; y por último, que compradas las comedias de Zárate y las de Enríquez, será difícil hallar dos autores de características más diferentes.

* * *

En la época de Enríquez el barroquismo había derivado, como es sabido, hacia las dos tendencias, culterana y conceptista, y como reacción contra ambas se iniciaba el prosaísmo. De todas ellas hay muestras en la producción de poeta segoviano, predominando el conceptismo a que le arrastraban su propio temperamento y su admiración por don

Francisco de Quevedo, cuya huella se marca a cada paso en sus escritos y al que califica “de milagroso ingenio”²⁵; pero hay que reconocer, como juiciosamente dice Amador de los Ríos, que señala en él también la acción del petrarquismo renacentista, “que no se deja arrastrar por la imitación hasta el punto de perder la originalidad de sus pensamientos”²⁶.

La primera de las obras publicadas por Enríquez —ya en su destierro— fué las “Academias morales de las Musas”, editada en Burdeos, por el señor Pedro de la Cour y aparecida en 1642²⁷. Está ilustrada con bellos dibujos alegóricos y el retrato del autor. Ha sido la más afortunada de todas ellas, pues se repitieron sus ediciones en los siglos XVII y XVIII.

Tienen las “Academias” dos Prólogos, uno del capitán E. Fernández de Villarreal, también judaizante y, según dice, “el mejor amigo de su autor”, que no disfraza sus propósitos elogiosos, pues lo titula Apología; y el otro, del propio Enríquez, interesante como todos los suyos. El capitán no se queda corto en las alabanzas, pues dice de su amigo: “Su invención, no imitada de otros, ostenta con felicidad a lo que pueden llegar una imaginación grande y una judiciosa musa, ya en lo discurrido, ya en lo poetizado”. Habla luego de las comedias de Enríquez, y dice que “las escribe con tanta superioridad, que por muchas veces se llevó los aplausos a pesar de sus émulos”, y, concretándose a la de “El Cardenal Albornoz”, afirma “unió en ella el decoro debido a un Príncipe mozo, a los documentos de un Ministro desinteresado, sin que las ternezas de amante mitigaran lo severo y lo maravilloso de lo escrito”.

Según la costumbre de la época, lleva el libro, después de los prólogos, los acostumbrados versos laudatorios, constituídos aquí por una serie de dísticos latinos, firmados por un Jerónimo López y cierto F. Casavielh, médico de Burdeos, elogiando diversas comedias de Enríquez, un madrigal en francés que en parte transcribimos con la fonética y ortografía de la época, de Colet, que dice respecto a sus efectos morales:

25. *La torre de Babilonia*.

26. J. Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios de los judíos de España*. Madrid, 1848.

27. Palau y Dulcet en su conocido *Repertorio* dice que un librero de Valencia ofreció a otro de Madrid en 1809, una edición de las *Academias*, de 1612. Basta con ver la fecha para comprender que se trata de un error, pues entonces Enríquez era un niño y las *Academias* son obra de madurez.

“Icy les leches passions
se voyent dignement combatües
et sous la raison abatües
changent leurs inclinaçons”,

lo que para los propósitos moralizantes de Enríquez debió sonar muy gratamente. Cierra el capítulo de los elogios un soneto castellano de Alonso del Campo Romero, que finaliza:

“Pero este ingenio a quien Apolo adora
con ciencia infusa de filosofía
Orfeo canta, si la envidia llora.”

Para el lector moderno de las “Academias”, esta masa imponente de versos —pues hasta la presentación de los personajes y lo que hoy llamaríamos las “acotaciones” están rimadas—, a pesar de la variedad que les da el poeta, cambiando constantemente de temas, metros y estrofas, es algo verdaderamente inabordable; y, sin embargo, una selección discretamente hecha —y lo prueba la bastante afortunada, incluida en el tomo 42 de la Biblioteca de Ribadeneira— nos mostraría un poeta lírico de cuerpo entero, comparable a muchos de los más alabados de sus coetáneos y que acierta a dar notas de intenso subjetivismo, bastantes a destacarle en aquella época, en que, salvo notables excepciones, se atendía más en la lírica a los primores formales, que al contenido emocional.

La trama de las cuatro “Academias” que constituyen la obra es simplísima. Varias parejas de ambos sexos, unidas por el amor, que en cada una de ellas muestra matices diferentes, y algún personaje suelto, van proponiendo y desarrollando diferentes temas poéticos y al final de cada una de las “Academias” se representa una comedia, cuyo texto íntegro se intercala, y que son “A lo que obliga el honor”, “La prudente Abigail”, “Contra el amor no hay engaños” y “Amor con vista y cordura”.

Están dedicadas las “Academias” a la Majestad Cristianísima de doña Ana de Austria, reina de Francia y de Navarra, y en la dedicatoria dedica el autor metáforas cuiteranas, comparaciones desbordadas y hasta pueriles juegos de palabras, como cuando dice:

“Recibid Cristianísima Diana
el Día por la luz, por nombre Ana

éstas que son, ni cultas ni confusas
morales Academias de las musas” 28.

Pero, afortunadamente, al lado de estas notas de mal gusto se encuentran en las “Academias” numerosas composiciones que bastan para acreditar a un poeta. Hay en sus Elegías un sentimiento hondo y de buena ley, expresado en un lenguaje sencillo y claro. Sus canciones, aun las que están inspiradas en el mamido tema renacentista de la superioridad de la supuesta vida tranquila de la aldea con relación a la de la Corte, abundan en pensamientos delicados que, sin perjuicio de la originalidad del poeta, nos *saben* a veces a Garcilaso y Fray Luis, y otras se inspiran en temas de valor filosófico, como las dedicadas “al engaño de la Naturaleza”, “Al conocimiento de sí mismo”, a la “Vanidad del mundo”, etc. En sus “Epístolas de Job”, la huella del conmovedor relato bíblico y el reflejo de los dolores del patriarca idumeo en los personajes del poeta, cristalizan en versos bellos y dignos de recuerdo, como en la multitud de sonetos que recitan los personajes los hay de lograda perfección 29 y sus letrillas, aunque no pocas veces nos recuerdan las de Quevedo, muestran soltura y gracia en la versificación y una aguda y maliciosa manera de observar la realidad.

En dos temas la inspiración de Enríquez responde siempre a senti-

28. A pesar de incurrir constantemente en el culteranismo, tal vez por tributo a la moda, Enríquez se burla muchas veces de él. Véase el soneto de Pacor a Elisa en las *Academias*, o los versos de *La Torre de Babilonia* en que dice a un personaje.

Lisonjea de lo fino
y la insulsa jerigonza
gratis data de los cultos
no se aparte de tu boca...

Y en *Engañar para reinar*, dice a un personaje que hable “en nuestra lengua hermosa”, lamentando

.....que haya gente
que sólo por decir algo
hablen lo que ellos no entienden.

Se podrían multiplicar los ejemplos.

29. Véanse los dos sonetos *Al engaño de la vida humana*, el dedicado *Al engaño del Mundo*, en que asoma la nota satírica, los dos *A la pérdida libertad de la Patria*, aunque algo conceptuoso el primero, el dedicado *A un cadáver*, el muy bello que recita Albano, etc.

mientos que le llenan el alma: el recuerdo de sus dichas pretéritas, para siempre perdidas, y la añoranza de la patria, a la que siempre rindió culto.

En la Elegía primera expresa su desolación con dolorosas quejas:

“Cuando contemplo mi pasada gloria
y me veo sin mí, duda mi estado
si ha de morir conmigo mi memoria...
Dejé mi albergue tierno y regalado
y dejé con el alma mi albedrío
que todo en tierra ajena me ha faltado...
Salieron, sí, mis esperanzas vanas,
pues pensando volver a ver mi esfera
con la esperanza me llené de canas...
Allí dejé mi alma verdadera,
no vivo, no, con la que allí tenía
(o se ha trocado en otra la primera).”

El dolor de la patria perdida lacera su espíritu, sobre todo al considerar la parte de fatalidad que lo causa:

Lloro mi patria y de ella estoy ausente,
desgracia del nacer lo habrá causado,
prisión original del que no siente...

Haciendo veladas alusiones a lo que le ha privado de su felicidad y a la imposibilidad de remediarlo, ni aun con el mayor sacrificio:

“Perdí mi libertad. ¿Quién lo sufriera?
sino la ley de honor que siempre ha sido
en el honrado superior esfera...
Si con volver mi fama restaurara
a la Libia cruel vuelta le diera,
que morir en mi patria me bastara.
Pero volver a dar venganza fiera
a mis émulos todos, fuera cosa
para que muerte yo propio me diera.
Ampáreme la mano poderosa,
que con ella seguramente vivo

libre de esta canalla maliciosa.
Bien sabe el cielo que con sangre escribo
del corazón, estos renglones puros,
que al fin el cuerpo es animal nocivo.
El no puede seguir estos seguros
dolores del espíritu, que el alma
los llora dentro de sus propios muros;
y pues se queda mi destino en calma
tomen ejemplo en mí cuantos pretenden
en tierra ajena victoriosa palma.
Que no hay segura vida
cuando la libertad está perdida”.

Es cierto que no faltan en esta composición pasajes un tanto prosaicos; pero la emoción, alma de la poesía, es verdadera y la expresión, justa.

Estos mismos sentimientos revela “El pasajero”:

“Mandad a la memoria
que no refresque con su triste historia
al corazón los males que ha pasado...
Y si te quieres ver libre de penas,
no trueques por tu patria las ajenas”.

Revela esta composición el más amargo desengaño y desenvuelve en múltiples aspectos el pensamiento bíblico de que todo es “vanidad de vanidades”, todo pasa, todo se desvanece y sólo es eterna la tierra:

“Todos se van, la tierra permanece
todos se vienen y la tierra dura...”

Prolongaría demasiado este trabajo multiplicar las citas de pasajes en que Enríquez Gómez se muestra como excelente poeta lírico, muy superior a la mayoría de los de su época. Amador de los Ríos dice de él muy justamente: “Hay en sus poesías líricas algo más que la belleza de la forma pues hay también bellezas de expresión y de sentimiento, lo que las da sumo interés... En sus poesías líricas sabe eximirse, en general, del culteranismo, al que rinde tributo en sus poemas narrativos”.

Refuerza esta opinión un crítico moderno, Pfandl, cuando dice: “E!

desengaño que refleja su alma no es un sentimiento general en su época sino hijo de una experiencia personal; pues nunca puede consolarse de lo que ha perdido, su patria, sus amigos, su grado militar y su dignidad de caballero... Este buscarse a sí mismo, este consolarse melancólicamente con el recuerdo de un segundo yo, ya muerto, da a sus poesías un tono universalmente humano que las separan de su época”.

Los romances de Enríquez son afortunadísimos y fáciles, y algunos de ellos no desmerecen de los de Góngora y Quevedo. Maneja las décimas con gran soltura, así como las letrillas.

En la segunda Academia predominan los temas didácticos: “A la ruina de un Imperio”, “A la incapacidad del juicio humano”, “Al nacimiento del hombre”, “A que ninguno sabe”, “Al mal vicio de la vanidad”, y “Las Epístolas de Job”, a que antes hemos aludido, abundan en hondos pensamientos, expresados en robustos y acabados tercetos. A estas composiciones de carácter filosófico se les han reprochado algunas notas de prosaísmos, olvidando que éste es achaque común a todos los cultivadores del género, tanto españoles como extranjeros, pues de él adolecen Juan Bautista Rousseau, Pope, Gray, Young, Haller, Wieland, etc., porque todos ellos atienden más a la claridad y eficiencia docente del pensamiento, que a su belleza de expresión. El propio Enríquez en el Prólogo de las Academias expresa bien claro su propósito “Inclinar los ánimos no a la recreación de los versos amorosos, sino a la delectación de los versos morales”.

Abundan en la Academia tercera las burlas de Enríquez contra los cultos, haciendo a imitación de ellos varios endiablados sonetos y romances, la mayor parte a cargo del rústico Pacor.

En la Academia cuarta destacan los poemas de la risa de Demócrito y el llanto de Heráclito, tema favorito del poema judío, que utiliza en formas diversas en varias de sus obras.

En esta Academia están las sentidas décimas “A la muerte de su padre Diego Enríquez Villanueva” y las alusiones a las persecuciones de que eran víctima los judíos. En la composición “A la vanidad del mundo” llega a esta desolada tesis:

30. En cuanto a los reproches de Amador de los Ríos por el culteranismo de Enríquez, téngase en cuenta, sin embargo, el concepto que de esa modalidad literaria tenía la crítica de su tiempo, tan diferente de la actual.

“Sabios del mundo (si en el mundo hay sabios)
vano es el siglo, y cuanto alumbra el día
de vanidad armó su monarquía;
Todos os vais, la tierra permanece
la verdad falta, la mentira crece...
éste es el mundo, vanidad y a ella
que me pasmo de solo conocella.”

Baste lo indicado para comprender que hay en Enríquez un lírico y un pensador que merecen destacarse entre los de su tiempo, pues no son pocas las veces en que logra la difícil alianza de la profundidad de la idea con la belleza de la expresión.

* * *

Acaso, en la intención del autor, una de las obras de mayor aliento entre las de Enríquez Gómez sea el “Sansón Nazareno”³¹, tema —como tantos otros de las obras del poeta, que en ello muestra su raigambre judaica— sacado del Antiguo Testamento.

El poema va precedido de un interesante Prólogo, en que el autor no sólo expone su concepción de las notas propias del poema heroico “que no debe cantar al varón que no sea ilustre en virtud, valor y religión”; pues, a su entender, “no basta con que las hazañas sean ilustres pero no todas tienen parte en la virtud base y fundamento de la inmortalidad”, considerando ingenio mal logrado el que se destina a cantar lo fabuloso. Son tales las dificultades del poema heroico que, a su juicio, sólo lograron superarlas cinco autores: Homero, Virgilio, Tasso, Camões y el doctor Silveyra³². Del poema de éste —el “Macabeo”— dice Enríquez: “En sus veinte cantos ni por un momento desmayó su estilo, como ocurre en todas sus obras, que saldrán a luz si el tiempo

31. *Sansón Nazareno*, poema heroico de Antonio Enríquez Gómez, en Rouen, imprenta de L. Mawry, 1656.

32. Este hoy olvidado doctor Miguel Silveyra, portugués de nacimiento y judío de origen, al que tanto ensalza Enríquez, fué autor del poema *Judas Macabeo*, exaltado hasta la apoteosis por los culteranos y deprimido hasta la injusticia por sus contrarios, que tachan su estilo de “hinchado y babilónico” y al que Moratin en la *Derrota de los pedantes* califica de “tenebroso”. Hay en él, sin embargo, pasajes de notable belleza, y bien merecía una revisión crítica, pues su autor fué hombre de gran saber que hizo sólidos estudios en Coimbra y Salamanca y luego fué maestro en ellas.

me diese lugar a recogerlas”³³. Indudablemente lo tomó como modelo para su “Sansón”.

El libro, con bellos grabados al principio de cada canto, sufrió retraso en su publicación, pues, empezado a imprimir en 1649, no salió a luz hasta 1656 porque, según manifiesta el impresor, sólo entonces recibió el texto del Canto XIV y último y lo publicó “a petición de muchas personas aficionadas a la poesía española”, aun habiendo de prescindir de la “Epístola dedicatoria” del autor a “un Príncipe tan grande en el nacimiento y en el valor como en la desdicha que tenía en verse en desgracia por su Rey”.

Acaso en este poema, por afán de levantar el estilo y por influencia de su modelo el “Macabeo”, abundan más que en ninguna de las obras de Enríquez las notas culteranas y lleva hasta el abuso la mezcla de textos bíblicos y de alusiones mitológicas³⁴.

Desde luego flaquea el poema por la elección del héroe, inferior en todo al de Silveyra³⁵. Las hazañas de Sansón están muy lejos de tener la categoría suficiente para merecer un poema épico, pues no exceden de las corrientes en la leyenda herculiana común a casi todas las mitologías. A pesar de ello, no faltan en el “Sansón” pasajes muy estimables, como la descripción de la traidora esposa del héroe, la de las bodas y de algunas hazañas; y cuando encuentra una situación de verdadera grandeza, al resolver el héroe sacrificar su vida por su pueblo, Enríquez la aprovecha, y el canto final del poema es digno de aparecer en otro de mayor envergadura, y hasta las octavas reales, exentas de culteranismo, están a tono con la situación. Véanse las dos estrofas en que Sansón pide a Dios la restitución de su fuerza y le ofrece su vida en holocausto:

33. Indudablemente Enríquez no llegó a realizar su propósito de editar las obras de su admirado hermano de raza, pues sólo hemos podido hallar dos ediciones del *Judas Macabeo*, la de Nápoles de 1638 y la de Madrid de 1731, fechas que hacen muy difícil atribuírselas a Enríquez.

34. Esta fusión de elementos mitológicos con los de las modernas religiones es común a múltiples autores épicos e indudable reminiscencia renacentista ya observada en Camoens por don Francisco de Paula Canalejas *Estudios críticos de Filosofía, Política y Literatura*, Madrid, 1872.

35. La restauración del templo de Jerusalén, hazaña máxima de *Judas Macabeo*, al presentar el choque de dos civilizaciones y dos credos religiosos, así como la lucha heroica de un pueblo por su independencia tiene verdadera grandeza épica.

“Restituye Señor la prodigiosa
fuerza de mis cabellos a su fuego;
alienta con tu mano poderosa
el valor que perdí quedando ciego;
tócame con tu llama prodigiosa,
pues a la muerte con valor me entrego.
¡Dame aliento, Señor, para vengarme
y tu auxilio eficaz para salvarme!

Yo muero por la ley que tú escribiste,
por los preceptos santos que mandaste,
por el pueblo sagrado que acogiste
y por los mandamientos que ordenaste.
Yo muero por la patria que me diste
y por la gloria con que al pueblo honraste.
Muero por Israel y lo primero
por tu inefable nombre verdadero.”

Que el ansia productiva de Enríquez no se saciaba con la obra realizada lo prueba que en el prólogo del mismo “Sansón” promete a sus amigos publicar: “La Torre de Babilonia” (segunda parte), “Amán y Mardoqueo”, “El caballero del milagro, Josué” (poema heroico) y “Los triunfos inmortales” (en rima), de los cuales, excepto la primera y la comedia “Amán y Mardoqueo”, tema también tratado por otro judaizante, Felipe González, no creemos que llegase a publicar ninguna, o se ha perdido su rastro.

* * *

En pocas obras de Enríquez se muestra más directamente la influencia de Quevedo que en “La Torre de Babilonia”, en la que hay pasajes enteros que constantemente nos recuerdan los “Sueños” del gran poeta y prosista madrileño.

“La Torre de Babilonia” es el mundo, y su confusión se expresa en “Vuelcos”, en cada uno de los cuales el autor y sus acompañantes van observando multitud de tipos de la sociedad bosquejados con soltura y malicia de buen escritor satírico. Están escritos los “Vuelcos” en prosa a veces culterana, casi siempre conceptista, pero en toda ocasión jugosa y fresca, capaz de ser interpretada por cualquier lector de tipo medio de cultura. Entre los “Vuelcos” suele intercalar pasajes en verso y fácil sería destacar entre estas composiciones algunas de las más felices del

autor, como el lindo romance que sigue al “Vuelco segundo” y las fáciles décimas de sabor plenamente quevedesco:

“Cloris, yo vivo sin ti
por la voluntad de Dios;
dos almas hay en los dos
aunque la tuya no vi.

Que no me quiereras a mí
de tu condición lo infero,
que el imán más verdadero
en mujeres de tu humor
es dinero sin amor,
pero no amor sin dinero.”

En total la obra, por lo menos en su segunda parte, única que nos ha sido posible hallar ³⁶, consta de catorce “Vuelcos”, en que se muestran numerosos tipos y sucesos de la sociedad contemporánea del autor, que, como su modelo, se ensaña particularmente con médicos, boticarios, gente de justicia, etc. En el último “Vuelco” el autor y el Marqués, su acompañante, ven a los dos filósofos contrarios Demócrito y Heráclito —tema repetidas veces utilizado por Enríquez y otros autores— y los comentarios del risueño Demócrito sobre la generación, estancia en el claustro materno, nacimiento y crianza del hombre, son de un realismo tan descarnado que bordea lo escatológico.

Esto no obsta a sus propósitos constantemente moralizantes, que expresa en el Prólogo diciendo: “El principal intento que me movió a fabricar esta “Torre” fué procurar deshacer la del vicio, pintando en esta soñada Babilonia las figuras de la verdadera. No pretendo escalar el cielo de la virtud, sino arruinar el castillo de la sofística. Escribo las veras mezclas con las burlas, que el siglo no está para sentencias sólidas; necesario es que vayan las vanidades haciendo salva a los buenos ejemplos y aún de esta manera quiera Dios que se admitan”.

36. En la Biblioteca Nacional, Sección de Raros núm. 16.204 sólo hay dos ejemplares de la segunda parte de *La Torre de Babilonia* que se publicó en 1670 a costa del librero Bernardo Sierra, quien la dedica a don Cristóbal Portocarrero, Conde de Montijo, a cuyas órdenes militó como soldado de la “Noble Compañía de los Cien Continuos Hijos-dalgos de Castilla”, fundada por el rey don Juan y de la que era jefe el Conde.

Creemos que hay en esta obra valores suficientes para no haber caído tan absolutamente en el olvido.

* * *

“La culpa del primero Peregrino” está dedicada a Madama Margarita de Lorena, Duquesa de Orleans, y se publicó en Roan, en 1644, en la imprenta de Laurens Mawry. Los términos en que la dirige a la alta dama a quien se la dedica indican que Enríquez, o no había abjurado todavía la fe cristiana, o por lo menos le convenía aparentarlo.

La obra está en verso, en que se mezclan multitud de referencias a los libros sagrados y autores profanos, Padres de la Iglesia, escritores ortodoxos y filósofos gentiles. Al margen del texto poético van las indicaciones concretas de los pasajes citados en él. Es un verdadero alarde de erudición.

Consta de tres partes: “Próspera fortuna del primer peregrino” (Adán), “Adversa fortuna” del mismo y “Diálogos entre la naturaleza humana y la Sabiduría divina”.

Aunque esta mezcla de doctrinas teológicas y expresión poética resulte farragosa y poco grata para el lector moderno —como ocurre en muchas de las obras del autor—, es posible entresacar de ella pasajes de singular belleza y agradable lectura. En la primera parte el nacimiento de Eva y los romances de ambos esposos que empiezan:

“Hermoso dueño mío...”

son verdaderos modelos de ternura, facilidad y delicadeza, así como la presentación que hace Adán a Eva de sus dominios y del árbol de la ciencia del mal y del bien. En la segunda parte las escenas de la tentación de Eva, la seducción de Adán por ésta para inducirle a quebrantar la prohibición divina y probar del árbol y su dolor después de haberlo hecho, están perfectamente logrados. Son en cambio farragosos e insoportables los diálogos entre Adán y el anciano que personifica el Tiempo, reducidos en buena parte a una inaguantable enumeración en visión futura de los grandes hombres y de los pueblos que han de nacer del linaje adámico.

En los “Diálogos entre la naturaleza humana y la Sabiduría divina” las quejas de la primera derivan en buena parte del libro de Job, en que tantas veces se inspira el autor en sus diversas obras.

En resumen, “La culpa del primero Peregrino”, aun con la abun-

dancia de bellos pasajes poéticos que pueden señalarse en ella, es de lectura poco apropiada para el moderno gusto y no, como dice Amador de los Ríos, “que pudo dar a Enríquez no pequeña gloria a no haberla escrito en lenguaje culto”, sino porque esta exposición en verso de problemas de índole teológica interesa poco al público actual.

* * *

Apenas haríamos mención de la obra “Luis dado de Dios a Luis y Ana”, que no es más que un acto de adulación hacia el Monarca y un intento de adoctrinamiento para el Gobierno sobre la base de textos bíblicos del libro de Samuel, si precisamente en su portada no se aclarase la cuestión a que se refiere la nota décimooctava sobre la procedencia de la más alta distinción que recibió Enríquez, el hábito de San Miguel ³⁷, y que allí se expresa terminantemente que era francés.

La dedicatoria a Luis XIV, resume bien claramente el contenido de la obra: “A V. M. dedica este breve discurso de su Milagroso nacimiento sirviendo el de Samuel Profeta y y Juez del pueblo de Dios, de Norte a la filosofía, de luz al ingenio y de inteligencia al asunto”.

Va glosando sucesivamente todos los textos relativos a Samuel y deduciendo de ellos normas y consejos para un Príncipe perfecto. Al referirse a Elcana, padre del profeta, dice que tuvo como esposa a Ana y que otra del mismo nombre había dado a Francia un segundo Samuel, y aludiendo a Luis XIII, dice a su hijo: “Pasó a mayor Trono el mayor Monarca del Orbe y dejó a V. M. por madre la mayor reina del Universo, doña Ana de Austria, reina de Francia y de Navarra, biznieta de un Emperador invencible, nieta de un Rey prudente, hija de un Rey santo, hermana de un Rey grande y esposa de un Rey justo”.

No seguiremos el paralelismo que establece entre los diversos versículos de los capítulos primeros del libro de Samuel y la vida de Luis XIV, y sólo nos referiremos, por lo que de autobiografía tiene, a su comentario del versículo tercero del capítulo séptimo, del que deduce “cómo se deben castigar los delitos contra la religión”, diciendo: “No

37. La portada literalmente transcrita dice así:

Luis/ dado de Dios/ a Luis y Ana/ Samuel/ dado de Dios/ a Elcana y Ana/. Dedicado/ a la Majestad Cristianísima/ de Luis XIV Rey de Francia y de Navarra/ por Antonio Henríquez Gómez/ Caballero de la/ Orden de su Majestad Cristianísima del ávito - de San Miguel/. Hay una viñeta alegórica. A París/ Par René Baudry, tenant son imprimerie, rue Ticquetonne/ Avec privilege du Roy - 1645.

quiere Dios corazones redimidos por fuerza, sino voluntariamente como consta de toda la doctrina evangélica..., que los yerros del entendimiento redimido no se perdonan siete veces, sino setenta veces siete, como consta del Evangelio... y es linaje de tiranía abrir puerta a la calumnia en los reinos a donde no se permiten religión extraña”.

En resumen, esta obra, a nuestro juicio, sólo tiene un valor circunstancial e histórico.

* * *

De toda la producción de Enríquez, la que ha alcanzado mayor éxito, pues en ella pone de relieve sus excelentes condiciones de escritor satírico, ha sido “El siglo pitagórico”, que bien completa o desligando de ella la novela picaresca intercalada, “Vida de don Gregorio Guadaña”, ha seguido editándose hasta nuestros días.

Como en casi todas sus obras, Enríquez explica su propósito al escribirla “reprobando errores y aprobando virtudes, doctrina que debían seguir los que se quieran librar de la transmigración de los vicios, que éstos son sin duda los que pasan de unos cuerpos a otros y no las almas como lo entendió el filósofo”.

La doctrina pitagórica de la transmigración —más higiénica que teológica— la acepta como recurso artístico y valiéndose de ella va presentando en sus diversas encarnaciones a un ambicioso, a un malsín, a una dama, a un valido —tras de cuya figura se entrevé a Olivares— dejando la forma poética por la prosa en la “Vida de don Gregorio Guadaña”, verdadera novela picaresca con todas las características del género en su fase subjetiva, y que, desglosada del resto de la obra, ha sido publicada multitud de veces, continuando luego las transformaciones en un hipócrita, en un miserable, en un doctor, en un soberbio, en un ladrón, en un arbitrista, en un hidalgo y después otras varias, terminando por la última encarnación en un virtuoso.

Las transformaciones once, doce y trece, están en prosa, pero al final hace una recapitulación en verso, en la que expone un sintético tratado de filosofía moral.

Constituye, pues, el libro una serie de semblanzas de diferentes tipos, que presentan un cuadro completo de la sociedad contemporánea, tema que, como se ve por los anteriores resúmenes de sus demás obras, constituye, por decirlo así, una obsesión para el autor, en el que hay un filósofo pesimista, que en vez de desenvolver en serio su concepción del mundo, apela a la sátira e incluso al cinismo, que es una de las características de la novela picaresca, para exponer sus ideas.

El Gregorio Guadaña, aunque sea injusto decir que está “hecho de relieves y desperdicios del Buscón”, muestra del modo evidente la influencia de la obra quevedesca, pues el mundo que refleja es bastante idéntico; y aunque los recursos cómicos sean un tanto manidos, hay viveza en la narración y abundantes rasgos de ingenios, lo cual, unido a la brevedad de la novela, hace grata su lectura, a pesar del abuso de retruécanos, párrafos conceptistas y cultistas y otras notas de dudoso gusto.

También aprovecha diversas ocasiones para intercalar sonetos, romances y otras composiciones que muestran su fácil vena.

* * *

El genio arrollador de Lope de Vega hizo del teatro la forma literaria predilecta del público, que sin cesar demandaba novedades, lo que forzó a la inmensa mayoría de los escritores de la época a cultivarlo, pues sólo en él se lograban el éxito culminante y la nombradía consiguiente.

A la ambición literaria de Enríquez Gómez no podía ocultarse esto, y por lo tanto, buena parte de su producción, especialmente la juvenil, a él estuvo consagrada, como él mismo nos lo dice en el Prólogo del Sansón: “También por mis pecados fui poeta cómico; llegué a ver la comedia en la mayor altura en que se vió jamás. Lope de Vega (al que llama “el Adán de la comedia”) la vistió, pero muchos la desnudaron; yo fui el primero, que no soy tan vano que presuma haber adornado una Dama tan delicada y melindrosa que con un silbo echa las entrañas”. Da luego la lista de sus obras dramáticas, que en la época del Prólogo eran 22 y cuyos títulos son los siguientes: “El Cardenal Albornoz” (1.^a y 2.^a parte), “Engañar para reinar”, “Diego de Cumas o Valentías de Diego de Cumas”, “El Capitán Chinchilla”, “Fernán Méndes de Pinto” (1.^a y 2.^a parte), “Celos no ofenden al Sol”, “El rayo de Palestina”, “Las soberbias de Nembrot”, “A lo que obligan los celos”, “Lo que pasa en media noche”, “El caballero de Gracia”, “La prudente Abigail”, “A lo que obliga el honor”, “Contra el amor no hay engaño”, “Amor con vista y cordura”, “La fuerza del heredero”, “La casa de Austria en España”, “El Sol parado” y “El Trono de Salomón” (1.^a y 2.^a parte).

Don Ramón de Mesonero Romanos, en el “Catálogo que ha incluido en el tomo 49 de La Biblioteca de Rivadeneyra, atribuye a Enríquez Gómez una comedia titulada como la de Calderón, “La hija del aire”, de la que no hemos encontrado ninguna otra referencia. En la gran “Colección de comedias escogidas de los mejores ingenios de España” (1652-1704), en la parte II, vemos como atribuída a Enríquez la titulada “No hay

contra el honor poder", no incluida por el autor en la lista de sus obras, que con la de "Contra el amor no hay engaños" incluida la parte X son las únicas de Enríquez en esa colección. Estas, con las ya citadas de "Aman y Mardoqueo", son los que constituyen el teatro del poeta judío.

En el tantas veces citado Prólogo del "Sansón" manifiesta Enríquez su propósito de publicar en breve en dos volúmenes su producción teatral; pero esto indudablemente como la de las obras del doctor Silveyra no llegó a ser una realidad.

El teatro de Enríquez ha sido lo más estudiado por los críticos, pues todos los que se han ocupado del autor han coincidido en examinarle desde este punto de vista, olvidando su superior valer como poeta lírico. Con ligeras diferencias todos han coincidido en situarle entre los dramáticos de segundo orden y, no habiendo motivos para rectificar esta valoración, omitimos estudiar a fondo sus comedias.

Sus temas predilectos, aparte los derivados del Antiguo Testamento, son los corrientes en la época; amor, celos y honor, y en los inspirados en la segunda de dichas pasiones sigue por completo las normas calderonianas de la solución sangrienta de dichos problemas, incluso a sabiendas de la inocencia de la dama sacrificada, para salvar el absurdo concepto de la honra, tal como se entendía en aquellos tiempos, como vemos por ejemplo en "A lo que obliga el honor".

Amador de los Ríos plantea una cuestión nada fácil de resolver y es la de si Calderón se aprovechó de ideas de Enríquez o éste siguió a aquél. Sin aclarar en definitiva su duda, se inclina a creer que el copiado fué Enríquez, alegando dos razones de escasa consistencia: la una, que Calderón no vaciló en aprovecharse de ideas de otros, como hizo por ejemplo, con "El Alcalde de Zalamea", de Lope, "La venganza de Tamar", de Tirso y alguna otra; y la segunda, por suponer que hacia 1647 el teatro de Enríquez era ya cosa pretérita y que éste era de mayor edad que Calderón. La primera razón es insuficiente, pues no sólo Calderón sino otros muchos autores de la época de oro incurrieron en la misma falta de espigar en campo ajeno. Tampoco es cierto lo de que Enríquez era de mayor edad que Calderón, pues ambos nacieron al comenzar el siglo XVII; y aunque Enríquez a causa de su emigración y de su nota de judaizante quedara pronto al margen de la vida teatral activa, derivando hacia otro género de obras, aún escribió en su exilio algunas comedias, que ignoramos si fueron o no representadas, pero sí impresas.

El tema de la vindicación sangrienta del honor estaba en las costumbres y era uno de los tópicos teatrales utilizados por diversos autores, y,

basados en ellos los más estrepitosos triunfos de Calderón, muchos se lanzaron por el mismo camino, siendo por tanto difícil determinar quién copió a quién.

También el mismo crítico ha señalado, con mayor acierto una tendencia un tanto misógina en el teatro de Enríquez. En efecto, muchas de sus damas están lejos de comportarse con la exquisitez de sentimientos comunes a las de nuestro teatro, e incluso, aunque en forma satírica y buscando el efecto cómico, se burla a veces del matrimonio, como por ejemplo en la graciosa descripción del mismo que hace Julio en "Celos no ofenden al Sol".

Por lo demás, Enríquez, al que no falta imaginación para concebir sus asuntos, flaquea en el desarrollo de los mismos, pues carece de ese dominio de la técnica teatral no ya de un Moreto, sino de muchos otros de sus contemporáneos.

Consideramos, pues, que si Enríquez no tuviera más bagaje literario que sus comedias, su nombre no resaltaría sobre los de "Lanini, Rosete, Salucio del Poyo, etc.

* * *

Aunque un examen más detenido de la producción del poeta segoviano nos daría ocasión de hacer resaltar en ella nuevos valores, dadas las limitaciones del actual trabajo, podemos ya sintetizar su personalidad literaria diciendo que hay en él en la poesía lírica pura, una elevación de pensamiento, una emoción honda íntimamente subjetiva y con frecuencia una belleza de forma, que le destacan notablemente entre los cultivadores del mismo género en su época, y que posee indiscutible acierto en el manejo de las formas populares, pues muchos de sus romances y letrillas pueden sufrir la comparación con los mejores de su tiempo. En cuanto a la poesía didáctica (género tan poco cultivado en nuestra literatura) creemos que tiene en ella un valor destacadísimo, pues sus temas muestran siempre al escritor de seria raigambre filosófica y su estilo es sencillo y claro, aunque como ocurre con todos los cultivadores de esta clase de poesía, tanto españoles como extranjeros, incurra a veces en prosaísmos, que no hay por qué atribuir como han hecho maestros muy venerados por el que suscribe a la influencia del Conde de Rebolledo, cuyos "Ocios" y su tercera parte "Rimas sacras" aparecieron respectivamente en 1650 y 1661, el poema "Selvas dánicas", en 1655, "Selva sagrada" o versión castellana de los Salmos, en 1657, sus versiones de los "Trenos de Jeremías, tan alabadas por el Abate Marchena, en 1655 y "La constancia victoriosa", paráfrasis de la historia de Job, en la misma fecha.

Detallamos la de las publicaciones de las obras del Conde de Rebolledo, pues sólo con ellas puede apreciar el lector que cuando éstas aparecieron, las de Enríquez Gómez estaban ya realizadas en su totalidad y por lo tanto no pudo sufrir la influencia del famoso soldado y diplomático.

En la poesía satírica, aun a pesar del conceptismo a que le arrastraba su admiración por Quevedo, hay acertadísimos toques de observación de la realidad, clara aunque amarga visión de los caracteres humanos y, si peca a veces de desenfado excesivo, no le falta amenidad en la narración, lo que le hace acreedor al aplauso de la posteridad. En cambio sus obras serias en prosa han envejecido por completo y sus méritos como dramaturgo le dejan muy en la penumbra, si se le compara con los dioses mayores de nuestro teatro.

Con todo lo expuesto creemos que bien puede tacharse de intolerante a Moratín (hijo) que en su "Derrota de los pedantes", usa de proyectiles contra ellos de las obras del poeta judaizante. Bien es verdad que lo mismo hace con Villamediana y otros, a los que la crítica actual, más exenta de prejuicios clasicistas, ha valorado debidamente.

APÉNDICE

Sin propósito exhaustivo sino simplemente como información para demostrar que, a pesar de su ausencia de España y su tacha de judaizante, a Enríquez Gómez no le faltaron lectores, daremos una nota de las impresiones de sus obras de que hemos tenido noticias:

Academias morales de las Musas:

1642 En Burdeos, por el señor Pedro de la Cour. Esta primera edición está bellamente ilustrada con alegorías y el retrato del autor, obra de Masne.

1647 Edición de Valencia, por Claudio Macé.

1660 Edición de Madrid, que figura en la Sección de Raros de la Biblioteca Nacional - Sig. R. 736.

1668 Edición de Madrid, igualmente en la Sección de Raros. Sig. R. 20.634.

1680 Edición de Madrid, por José Fernández de Buendía.

1688 Edición de Madrid, citada por Palau sin más indicaciones.

- 1690 Edición de Madrid, Sección de Raros de la Nacional, Sig. R.
15.163.
1701 En Barcelona - citada por La Barrera.
1704 En Barcelona, Imp. Angel Figueró.
1734 En Madrid, por Juan Zúñiga.

El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña:

- 1644 En Rouen, Sección de Raros de la Nacional, Sig. R. 11.301.
1682 En Rouen, Imp. L. Mawry. Esta edición fué copiada fraudulentamente en Madrid poco después.
1726 En Rouen, Biblioteca Nacional, Sig. 3 - 23.647.
1727 En Bruselas, por F. Popen - citada por la Bibliographie des Impressions espagnoles des Pays-Bas, de J. Peeters - Fontaines - Louvain anvers - 1933.
1788 En Madrid, por Antonio Espinosa.
1862 En Madrid, por N. Ramírez - Biblioteca "La Maravilla".

Desligada del resto de la obra, la Vida de don Gregorio Guadaña ha sido objeto de múltiples ediciones cuya enumeración sería enojosa, por lo que sólo nos referimos a la de la Biblioteca Rivadeneyra, a la de la B. Clásica española, de Daniel Cortezo y Compañía, en el tomo de Novelistas del siglo XVII, 1884, y la reciente de la colección Novelas y Cuentos.

Luis Dado de Dios a Luis y Ana:

- 1646 En París, por R. Baudry.

Política angélica:

- 1647 En Rouen - Imprenta L. Mawry.

La torre de Babilonia:

- 1649 En Rouen, por L. Mawry.
1670 En Madrid, por Bernardo de Villadiego.
1726 En Amsterdam, por Isahac de Córdoba.

Sansón Nazareno:

- 1666 En Rouen - Imp. de L. Mawry, ilustrada con bellos grabados.

La culpa de primero peregrino:

1644 En Rouen, Imp. de L. Mawrp.

1735 En Madrid, por herederos de J. García Infanzón. En esta edición se han añadido varios sonetos y el poema "El Pasajero".

Prescindiremos de las ediciones de las comedias y hasta de "Relaciones" determinadas sacadas de ellas, que harían esta lista interminable, pues son muchas las ediciones sueltas o incluidas en diversas colecciones y dificulta su enumeración el haberse publicado varias atribuyéndolas a nombres disintos de los del autor.

Jerónimo Rubio